

PREMIO «CERVANTES» DE 1954

## VENGA USTED EL CORPUS A TOLEDO

—Créame, amigo: Para comprender lo que es el Corpus en Toledo, es preciso haberlo «vivido» varias veces; y, en cada vez, verlo desde una faceta distinta, a fin de resanar, en lo posible, la gama iriscente de su policromía material y espiritual en una sola impresión omnímoda, cual los colores del arco iris, al girar del kaleidoscopio, funden en el blanco.

—Sí, sí, ya sé que cabe imaginárselo a través de descripciones más o menos amplias que dan las guías turísticas, acompañadas de «fotos» más o menos diestramente obtenidas, pero... insisto, amigo lector, en que es preciso «vivirlo», pues, las palabras, en efecto, aunque mucho ayudan a nuestra comprensión, no existen en el diccionario aquellas que pudieran ponernos en el trance emocional adecuado.

—Tenga usted en cuenta, señor, que una flor apenas «nos dice» algo si no aspiramos su perfume; que una tormenta, al relatarla, no sobrecoge nuestro ánimo y sí el haberla sufrido; que todavía nadie pudo hallar palabras para describir el fragor de un combate, aún habiendo sido su protagonista... Pudiera seguir poniéndole muchos ejemplos.

—Y si tratándose de cosas materiales ocurre esto, ¿qué no sucederá al referirme al hecho espiritual por excelencia, al «Cuerpo de Cristo» real y verdadero, bajo la especie de pan, paseando triunfalmente por las rúas toledanas?... Nombro las rúas toledanas, porque todo hecho tiene su «ambiente», no me lo negará usted. Así, es difícil, por no decir imposible, que nosotros, los europeos, podamos creer que nuestros antecos, en pleno verano decembrino, se den cuenta del frío que pasó el Mesías al nacer. Reduciendo más el campo de la reflexión, es difícil también que los ribereños del «mare nostrum» tengan reacciones similares a los escandinavos ante una misma causa temperamental. Y aún, circunscribiéndonos al «Corpus Christi», no «habla» lo mismo a nuestro corazón presenciando su desfile, desprovisto de «marco» a propósito, que rodeado de escenotecnia y pompa —manifestaciones externas— impregnadas de luz y color —impresiones sensoriales—.

—Son muchas las circunstancias, amigo mío, que pueden presentarse, y cada una de ellas nos da la visión de una faceta distinta, según la tónica imperante. Habrá otras poblaciones, no lo dudo, donde el esplendor supere al toledano, en demérito de otra u otras facetas; donde la luz hiera con más fuerza, en perjuicio de la visión reconcentrada; donde el cortejo sea más brillante, distrayéndonos de la introspección mental; donde la alfombra callejera sea más florida, en detrimento de la severidad adecuada; donde el trayecto sea a lo largo de amplias y modernas calles, en que la historia no exista o sea vacua. Sí, sí, muy bonito, muy espectacular, muy «teatral», para recreo fugaz de la vista. Pero... no profundiza, no ahonda en lo más íntimo, haciendo vibrar hasta las fibras más ocultas y prístinas de nuestro ser.

—¿Y... esto ocurre en Toledo?, —me pregunta usted—. Sí, señor, créame: en Toledo se añan y complementan los múltiples y variados aspectos fundamentales en otros lugares. El Corpus en Toledo no tiene disonancias, no presenta matices «chillones»; no «grita», «llama»; no esfuerza, sugiere; no vocea, susurra; no arrebatá bruscamente al espíritu, lo eleva dulce y mansamente; no nos «moja» con goterones tempestuosos, nos «rocia» con esa lluvia acariciante que penetra hondo, muy hondo... No es, pues, uno de tantos espectáculos típicos que a lo largo y ancho de nuestra patria pueden admirarse, no, es único e incomparable.

—No se sonría escéptico, señor. Ya le he dicho que las palabras son pobres para dar cuenta de actos sublimes. Sólo puedo inducirle a que venga a esta ciudad y lo presencie, advirtiéndole que no pretenda asumir de golpe toda su grandiosidad, pues no podría y se sentiría decepcionado, en la impotencia de captar esta suprema manifestación religiosa. Yo le aconsejo el fijarse un año en el «marco» por donde discurre el Santísimo; otro, en el estudio de la Custodia, joya sin par de la orfebrería artística, con renombre

universal; otro, en el séquito y secuencias litúrgicas; otro, en el ambiente de luz y color y su adecuación al momento eucarístico. Como sucede con los buenos manjares —salvando respetuosamente la ingente distancia— cate poco a poco, libe, paladee, saboree, recréese al asimilar cualquier aspecto de asunto. Ponga en tensión solamente un sentido para aprovechar la quinta esencia del acto, aunque no queden, claro está, los demás embotados, pues, si esto ocurriese, no habría armonía posible; vea, si lo prefiere, el lustre y esplendor del procesional discurso; escuche, si lo desea (más con el alma que con el oído), el tintineo arrítmico de las campanillas custodiales —otra clase de música, no, ¡por favor!, rompería el encanto—; o aspire con fruición el aroma inconfundible del ambiente en día tan señalado, si tal es su gusto. Cualquiera de estas facetas le llevará irremisiblemente a «entrar en situación» y ya, prendido en el hechizo, disfrutar de un espectáculo incomparable. Sí, señor, incomparable... e indescriptible; incomparable, por su grandiosidad, e indescriptible, porque, ¿a qué repetirlo?, nadie alcanza a narrarlo con propiedad.

—Ahoa bien, todo resultaría frío, hierático, inocuo, no heriría nuestra sensibilidad, si careciese de «ambiente», si no le rodeara ese sutil flúido pseudo-anímico, que da la pátina de las piedras multiseculares y que, según su estilo arquitectónico, nos hablan de la impronta que en esta ciudad privilegiada dejaron cuatro civilizaciones milenarias —romana, hebraica, gótica y cristiana, con el importante aditamento de la mozárabe— ora aisladas, ora en transición, ora amalgamadas, y cuya feliz conjunción dan la resultante de una ciudad única en el mundo.

—¡Toledo! Urbe ancestral con soplo célico, ya de por sí la ciudad imperial, el trono del César, desde el cual regia los destinos de un mundo en que jamás se ponía el sol, es un escenario adecuado a que Su Divina Majestad campee en exhibición procesional. «A tal Señor, tal honor». Una ilustre personalidad dijo en memorable ocasión que «España es una cosa muy seria». Pero, es que la «seriedad» no se compra ni se adquiere, cual un bien material, sino que se forma anímicamente y se hereda con peculiar idiosincrasia; la seriedad hispana es símbolo y sinónimo de presancia, caballerosidad, fe y hombría de bien, con raigambre ancestral. Y así como todo ser humano se manifiesta al impulso de su corazón, regido por el cerebro, en los países sucede lo mismo; hay que inquirir, pues, dónde residen esos órganos nobles, para saber la causa determinante del comportamiento nacional. Durante centurias y centurias, fué Toledo el «caput hispaniae»; centurias y centurias fué Toledo el luminar de la sapiencia europea, en sus aspectos sacro, civil y castrense. Eruditos filósofos, eminentes humanistas, sabios teólogos, eximios científicos, sutiles artífices, heroicos y denonados capitanes, grandes literatos, músicos y poetas, acudían a las aulas de esta capital para desarrollar su inteligencia y beber en las cristalinas fuentes del saber humano, con el fin de asimilar y poner en práctica lo ideado y lo aprendido.

—El nombre de Toledo, señor que me lee, resonaba por todo el ámbito terráqueo. Toledo era la palabra mágica que impulsaba e impulsa a la humanidad a visitarla. Toledo era el marchamo y blasón que daba rango y prestigio a cuantos por aquí pasaban, sin distinción de razas, religiones y clases sociales; porque Toledo, con carácter de universalidad, «universidad» en el aspecto técnico y profesional, abría sus puertas a las gentes que quisieran recibir el soplo de los puros conocimientos.

—Los hombres y los pueblos tienen sus destinos marcados por el dedo de Dios; los hechos no suceden de un modo arbitrario e ilógico; los lugares no son escenarios inadecuados para altos menesteres; por el contrario, hay lugares precisos, concretos, aptos para grandiosos fines. Uno de éstos es Toledo, sede de San Eugenio y San Ildefonso, primada de arzobispados hispanos, ciudad donde se celebraron el mayor número de concilios y de más trascendencia católica, sitio donde se forjaron fundamentales códigos estatales, cuna de los más esclarecidos varones...

—Con estos antecedentes, Toledo no podía declinar; pesan mucho sobre su historia siglos y siglos de tradición católica y racial; por ende, se afana en que el máximo exponente del dogma religioso, el «Corpus Christi», rebose de majestuosa y severa ostentación, cual corresponde al Hijo vivo del Padre Eterno.—ALFREDO SOUTO FEIJÓO.